

# Pablo

## y la evangelización del mundo grecorromano

Santiago Silva Retamales



# Pablo

y la evangelización del  
mundo grecorromano

Santiago Silva Retamales



Valdivia, septiembre 2021

El Papa Francisco nos invita a una Iglesia «*en salida*», esto es, de cara y de servicio «*al mundo*», y al mundo «*de hoy*». Los modelos de evangelización de nuestros orígenes cristianos son fundamentales para entender los contenidos y las estrategias de misión. En las páginas que siguen nos fijamos cómo Pablo, santo y misionero, enfrentó por primera vez una nueva evangelización: la del mundo urbano grecorromano de la segunda generación de cristianos (70 - 110 dC.). El anuncio del Reino por parte de Jesús, al igual que su discípulo y apóstol Pedro, había sido sobre todo en el ámbito rural de la Palestina del siglo I y no en las grandes ciudades de entonces como Tiberíades y Séforis.

Siete serán las claves para comprender cómo Pablo y los suyos evangelizaban, lo que nos ayudará a plantear los desafíos de cómo anunciar el Evangelio al mundo de hoy.

**+ Santiago Silva Retamales**  
**Obispo de Valdivia**

## **Primera clave de comprensión**

### *Múltiples evangelizadores, variadas perspectivas misioneras*

Los primeros evangelizadores procedían del mundo judío, formaban distintos grupos con los seguidores de Jesús, comunidades de vida y misión con énfasis propios. Así, por ejemplo, el grupo de Pedro, dedicado a la evangelización de los judíos; el de Santiago, importante en la comunidad de Jerusalén; el llamado grupo de los «*parientes de Jesús*»; la comunidad de Juan o del discípulo amado, interlocutores del cuarto de los Evangelios, el de san Juan. Algunos de estos grupos fueron de gran relevancia, pues dieron a luz tradiciones literarias que cuajaron en algunos libros y cartas canónicas del Nuevo Testamento (cartas de Pedro, Santiago y Juan, por ejemplo).

Pablo desarrolla su tarea evangelizadora en distintos momentos y con pluralidad de misioneros. En ocasiones se mueve con Lucas o Marcos, con el matrimonio de Aquila y Priscila, con Silas, Sóstenes, Timoteo y Tito. Su estilo de misión, dependiendo de la comunidad, no siempre es el mismo, pero siempre es igual su audacia misionera a pesar de la constante persecución a la que se vio sometido (2 Cor 11,22-28). Por su conocimiento de Cristo y el modo paulino de interpretar su enseñanza, Pablo apuesta –a la hora de evangelizar– por la familia (incluyendo a la mujer cuando la religión es cosas de varones) y por el trato y acompañamiento personal en medio de cultos a los dioses que privilegiaban los ritos y la cantidad de fieles. ■

La primera evangelización de los discípulos de Jesús, incluyendo sobre todo la de Pablo, no fue monocorde, sino pluriforme y a la vez

polifónica: variadas formas y múltiples misioneros, pero todos discípulos de Jesús, reconociendo su origen hebreo y la centralidad de la Comunidad dirigida por Pedro (Gál 1,18-19; 2,7-9).

No hay que temer que, en seno de la Iglesia y desde ella, sean numerosos y variados los grupos evangelizadores que, insertándose en las diversas realidades socio-culturales, aporten sus carismas. Incluso más, hay que fomentar la presencia y acción misionera de variados grupos, pues aportan extensión al anuncio y variedad de perspectivas, respondiendo mejor a la realidad actual tan multiforme y compleja.

Sin embargo, estos distintos grupos, si es que son eclesiales, deben dejarse armonizar por el Espíritu en el respeto y el amor; esta es la condición de posibilidad para edificar la Iglesia, puesto que sólo así «*ayudan a explicitar mejor el riquísimo tesoro de la Palabra*» que es Jesucristo (EG, n° 40).

## **Segunda clave de comprensión**

### *El encuentro con el Resucitado como fundamento de la misión*

El impulso evangelizador no brota porque alguien pide misionar, ni siquiera si lo hace con entusiasmo y fortaleza. De hecho, encontramos en los Evangelios cuatro envíos pre-pascuales por parte de Jesús (Mt 10,5-15; Mc 6,7-13; Lc 9,1-6; 10,1-12), pero estos no produjeron ningún movimiento misionero profundo y extensivo. Con el arresto de Jesús en Getsemaní, se acabó todo, pues todos huyeron (Mc 14,50-52).

La misión evangelizadora se nutre del encuentro con el Resucitado, no de cualquier encuentro, sino de aquel con Jesús resucitado que se convierte en «*un acontecimiento*» que cambia la vida (Deus caritas est, n<sup>o</sup> 1; Jn 20,11-18). Se trata ahora del discipulado post-pascual, el que realmente es fuente de anuncio del Señor; el pre-pascual, el que no vive el Misterio Pascual del Señor, sólo origina una actividad misionera limitada, temporal, casi dependiente de las fuerzas y del entusiasmo de los misioneros.

El que Cristo haya resucitado, da categoría de promesa cumplida a todo lo que Dios propuso para su pueblo Israel. Porque Cristo resucitó, nuestra fe no es vana (1 Cor 15,16-17). Porque Cristo resucitó, se configura una comunidad de creyentes como «*nuevo Israel*» o «*nuevo pueblo de Dios*». Luego del encuentro con el Resucitado, el envío a los suyos (Mt 28,16-20; Jn 20,17-18) detona un movimiento evangelizador imparable: ¡tienen a quien anunciar, pues Jesús está vivo, es «*el Señor*» y para Él viven! (Rom 14,8). En él y por él, Dios cumplió su promesa de salvación. Tienen también qué ofrecer: ¡la vida nueva recibida del Resucitado! Mientras los discípulos

cumplen su labor, el Resucitado es el Emmanuel o «*el que voy a estar con ustedes todos los días hasta el fin de los tiempos*» (Mt 28,20).

No fue el tiempo de reflexión en Arabia que convirtió a Pablo en misionero incansable (Gál 1,17), ni tampoco el conocimiento de la Ley interpretada a la luz de la enseñanza de Jesús, validada ésta por las columnas de la Iglesia, Santiago, Cefas y Juan (Gál 2,9), sino el encuentro con el Resucitado camino a Damasco (Hch 9,1-22). Este relato no es, en realidad, la narración de «*la conversión*» de Pablo, sino de su «*vocación*» de discípulo del Señor y de misionero de la Buena noticia.



## **Tercera clave de comprensión**

### *Desde la comunión a la evangelización*

La evangelización no es un trabajo ni menos una carga, sino el fruto de una comunidad en comunión que tiene por fuente el gozo de una misma experiencia: Cristo resucitó y lo «*hemos visto*» (Lc 24,33-35; Jn 20,18).

De aquí dos consecuencias: a)- *la primera evangelización fue intracomunitaria* (cfr. Lc 24,33-35), y b)- *el contenido de la evangelización consistía en contar y ofrecer esa misma experiencia de comunión con el Señor y con los hermanos, recibida en el encuentro con el Resucitado*. Así, antes que doctrinas o normas morales, las comunidades paulinas ofrecían vidas transformadas por la acción del Espíritu (Gál 5,22-25) y en comunión unos con otros. Este era en realidad el contenido de su anuncio, la comunión y lo que producían los dones del Espíritu en ellos.

Aunque las cartas paulinas contengan una profunda teología de Pablo o inspirada en él y una serie de normas que regulan la vida cristiana, necesarias por la proveniencia pagana de los conversos, lo primero y más importante que se transmitía no era esto, sino una «*nueva imagen*» y un «*nuevo motivo*», obtenidos de una «*nueva experiencia*»: la imagen de hombres y mujeres alegres, sensatos, disponibles, generoso con su tiempo y sus bienes..., porque ahora su vivir es Cristo (*motivo*), pues se han dejado encontrar por el Resucitado (*experiencia*), tal como Pablo camino a Damasco.

## **Cuarta clave de comprensión**

### *La «memoria» de Jesús, fuente de conocimiento, imitación e innovación*

El encuentro con el Resucitado por parte de la generación apostólica (30 - 70 dC.) da lugar a tres movimientos indispensables para la evangelización:

- Miran hacia atrás para recuperar la figura de Jesús, de lo que él hizo y dijo como fuente de sentido para sus vidas y la comunidad; este Cristo es el que «*transmitían*» (1 Cor 11,2.23; 15,3; cfr. Jds 1,3);
- Se forman a sí mismo para seguir sus enseñanzas, imitar sus disposiciones y conductas, respondiendo a las nuevas realidades a las que se enfrentaban;
- Miran hacia delante y, a la luz de cómo lo hizo Jesús, formulan modelos innovadores de misión que sirvan para anunciar a otros la Buena Noticia en el mundo en que viven.

La memoria es imprescindible para los pueblos de cultura oral, más que escrita. Sin embargo, para nosotros es prescindible debido a la creciente cultura digital y virtual en la que vivimos. Hacer permanente memoria de Jesús sirvió a los primeros discípulos para forjar el auténtico espíritu de la evangelización.

Gracias a la memoria que hacían de Jesús conservaban y reinterpretaban su figura y el significado de su vida, buscaban la coherencia de vida con sus enseñanzas, y forjaban modelos de misión que procedían de Jesús (1 Cor 15,1-2). Éstos, adecuados a la situación actual, distintos a los puestos en práctica en el Israel rural y aldeano, les permitían evangelizar con éxito el mundo grecorromano y urbano. Como este mundo con su particular sello económico, cultural, sexual y político («*la religión del Emperador*») era tan distinto del mundo religioso y social de las aldeas rurales de Galilea era imprescindible este ejercicio de memoria (*para ser fieles*) y de innovación (*para ser pertinentes*) de modo de insertarse en el mundo pagano o no judío con el deseo de transformarlo para Cristo.

Conocimiento de Jesús, imitación e innovación misionera provocaban una evangelización en diálogo con las realidades que las comunidades vivían y, a la vez, les permitía testimoniar un estilo alternativo de vivir, diverso en conductas y motivos al de la sociedad grecorromana, estilo que llamaba poderosamente la atención (cfr. los «*códigos domésticos*»: Ef 5,21-6,9; Col 3,18-4,1; Flp 4,8-9). Sin embargo, como para varios este estilo de vida se convertía en denuncia profética por sus malas conductas, tanto los antiguos discípulos de Jesús como los que se incorporaban a la Iglesia debían contar con la permanente persecución de una sociedad evidenciada por sus idolatrías y sobrepasada en virtud y «*religión*» (del latín re-ligare), entendida ésta como comunión con Dios. Por la sinceridad e intensidad al practicar su vínculo con Dios y por su estilo de vida, los cristianos se mostraban muchos más honorables que los paganos por lo que atraían la atención de quienes entraban en contacto con ellos (Flp 4,8; 1 Tim 3,7.13).

## Quinta clave de comprensión

### *El anuncio del Evangelio o la incorporación a Jesucristo*

El contenido de la evangelización es una Persona: Jesucristo en cuanto Hijo de Dios y Salvador (1 Cor 15,3-8). Ofrecer y acompañar el encuentro con él como acontecimiento fundante y generador de conductas nuevas (o *habitus*) es la labor de una comunidad evangelizadora.

El encuentro con Cristo conlleva el don de la irrupción en la propia vida del misterio trinitario, fuente de salvación, por ministerio de la Iglesia. A esto Pablo le llama «*justificación*». La «*justicia*» o el reconocimiento de «*justo*», tan ansiado por el mundo judío, no se obtiene por los méritos obtenidos gracias al cumplimiento de la Ley (Rom 3,19-20). Se obtiene como don inmerecido porque Dios, por Cristo Jesús, nos eligió y bendijo, ofreciendo a su propio Hijo como propiciación por nuestros pecados (Rom 3,23-26.29-30; 4,23-25; 8,33; Gál 2,15-16) y al Espíritu como sello de garantía de las realidades sobrenaturales que gratuitamente se nos dieron (2 Cor 1,21-22). Porque Dios Padre nos hace hijos suyos por la entrega de su Hijo y la acción del Espíritu, nos «*justifica*» al destruir nuestra maldad y al fortalecernos en la bondad para no dejarnos arrastrar por la inclinación al mal (Rom 12,21). La gracia de base de todas estas gracias es la comunidad centrada en Jesucristo a cuyos miembros el Padre le regala la condición de hijos suyos y hermanos de los demás.

Los cultos a los dioses en tiempos de Pablo constituían círculos cerrados en el sentido de que nadie buscaba convencer a otro de la verdad de su propio culto. Al hacerlo, se exponía al castigo del dios que despreciaba

por quitarle adoradores. Los nuevos cultos llegados a una ciudad se miraban con recelo, y así debió pasar con el cristianismo.

En contra de toda costumbre, Pablo y su grupo evangelizan conscientes de que tienen que sacar al creyente de su idolatría, porque la «*justificación*» de Dios crea nuevas realidades incompatibles con la vida de antes y porque tienen la certeza de que los dioses que los demás adoran son falsos (Rom 1,20-25). Los cristianos, por tanto, eran los únicos dedicados a ganar adeptos, lo que algunos llaman «*proselitismo*», pero entendiéndolo en su vertiente sociológica.

Esta era una de las conductas más originales del cristianismo ligado a Pablo y a sus equipos misioneros.

## **Sexta clave de comprensión**

### *Proclamación del kerigma y desarrollo de la vida «en Cristo»*

La invitación a conocer al Resucitado se iniciaba con el anuncio del kerigma. Según la literatura paulina, el anuncio es de persona a persona, de boca a boca y, a diferencia de los Hechos de los Apóstoles, no hay largos discursos a grandes multitudes. Conscientes del papel de la comunidad en el proceso de fe, Pablo y sus grupos acompañan el kerigma con un trato interpersonal, caracterizado por el cariño y la preocupación por el que se abre al don de la fe. El testimonio de comunidades inclusivas (*judíos y paganos; varones y mujeres; libres y esclavos; pobres y ricos...*; 1 Cor 12,13) y solidarias, sobre todo en tiempos de desastres (*hambrunas, pestes, guerras...*), suscitaba a nivel humano el deseo de integrarse a ellas, y los preparaba a nivel sobrenatural para aceptar la nueva fe y comprender qué innovaciones en las relaciones les iba a exigir y cuáles eran los nuevos comportamientos a asumir. No era fácil, porque el nuevo creyente tenía que abandonar dioses familiares, ritos culturales acendrados, conductas inadecuadas, enseñanzas esotéricas, leyendas... (1 Tim 1,3-4). Pero la comunidad acompañaba de cerca el proceso de adhesión que exigía necesariamente la opción libre por la ruptura progresiva con aquellas realidades que formaban parte de la vida de antes, pero que se habían vuelto incompatibles con la vida «en Cristo» (Rom 6,11; 8,1-2; 1 Cor 1,1-2.30; 4,15; 2 Cor 5,17-18).

No se proclamaba el kerigma sólo una vez, ni seguía de inmediato la conversión de cientos a la fe, como de modo idealizado lo presentan los Hechos de los Apóstoles (Hch 2,41.47; 9,35; 15,3). El kerigma se proclamaba a los mismos destinatarios en sucesivos momentos, e incluía a la familia

(Hch 16,34; 1 Cor 1,16; 16,15). Pablo, por ejemplo, visitaba grupos judíos en lugares públicos (plazas, sinagogas) y les anunciaba a Cristo repetidas veces. Lo mismo hacía cuando trabajaba en su taberna (*cuarto de trabajo a orilla de la calle distribuida según oficios*: 1 Tes 2,9), confeccionando tiendas de lona y reparándolas (Hch 18,3).

El kerigma y la iniciación cristiana que seguía, pedía a los grecorromanos dejar a sus dioses, que no sólo significaba el abandono del culto oficial (*del Imperio romano o la ciudad donde vivían*), sino sobre todo de sus cultos familiares, practicados por generaciones («*los dioses de los antepasados*»). La conversión, fruto del anuncio del kerigma y del seguimiento del misionero y la comunidad, no era inmediata y el proceso de aceptar a Cristo necesitaba tiempo, paciencia y continuo acompañamiento de «*padrinos*» cristianos que se prestaban, en sucesivas visitas, a aclarar dudas y reforzar la naciente vida cristiana y comunitaria. Pablo no dejaba de estar presente en el proceso de evangelización mediante cartas periódicas (cfr. 2 Cor 10,9-10; 2 Tes 3,17), envió de misioneros que lo representaban y la colaboración eventual de las comunidades (2 Cor 12,17-18; 1 Tes 3,1-5).

Con los que aceptaban a Cristo se formaban pequeñas comunidades. El modelo eran las familias extensas de la época o «*casas domésticas*» (Hch 16,40; 21,8.18; Rom 16,10-11), y el paterfamilias o jefe de familia (*generalmente el que los recibía en su casa*) se hacía responsable de la nueva comunidad. Generalmente vivía la conversión toda la familia y, en torno a esa casa doméstica, se constituía una comunidad cristiana que nunca eran de muchos miembros (Hch 16,34; 1 Tim 3,15).

Allí se continuaba la catequesis, se celebraba la liturgia y se practicaban obras de solidaridad (cfr. Hch 2,42), como la colecta que Pablo promovió en sus comunidades (2 Cor 8-9), para ayudar a la Iglesia de Jerusalén a causa de una gran hambruna en tiempos del emperador Claudio (Hch 11,28). Llegado el momento se ofrecía el bautismo y se completaba la instrucción. También aquello de que luego de una predicación de un apóstol o un misionero los bautismos eran en gran número, según los Hechos de los Apóstoles, corresponde a circunstancias extraordinarias (Hch 16,15.33; 18,8; 19,4).

Para integrarse a la nueva comunidad, no existían procesos de iniciación con grados sucesivos de pertenencia (como en «*los cultos místéricos*» de aquel tiempo). Quien ingresaba era miembro con plenos derechos y deberes, lo que no ocurría ni siquiera entre los judíos que distinguían entre «*israelitas*», «*prosélitos*» y «*temerosos de Dios*» (como el romano Cornelio: Hch 10,1-2), y estos dos últimos grupos nunca alcanzaban los derechos de un israelita (cfr. Hch 13,43). Vivir «*en Cristo*» era el ideal paulino para sus comunidades, y este estilo de vida creaba una corriente de comunión impresionante que, entre otras virtudes, tenía por base la igualdad en razón de una misma vocación, la santidad (Rom 1,1-7; 1 Cor 1,1-3; 2 Cor 1,1-2; Flp 1,1).

Un dato importante de la evangelización paulina es la certeza de que este mundo alcanzará su plenitud con la vuelta del Señor, que al inicio se creía muy próxima (1 Tes 4,15-17). Esta certeza centra el anuncio en Cristo, «*el Señor*», imprimiendo gran premura e intensa pasión a los evangelizadores, porque el tiempo se acaba. Además, como se trata de alcanzar la plenitud de los bienes ya tan cercanos, esos bienes otorgados por el Señor eran fuente de esperanza y fortaleza en la complicada vida de un evangelizador del siglo I, generalmente perseguido por los miembros de otros cultos y por el Imperio.

## Séptima clave de comprensión

### *La revolución de las relaciones humanas y sociales*

La evangelización paulina tiene su centro en las nuevas relaciones que se reciben por la irrupción en la comunidad cristiana y en la propia vida del misterio trinitario. Ingresar a la comunidad del Resucitado, exige modos novedosos de relación: de «*hijos de Dios*» (Rom 8,16), de «*hermanos*» (1 Cor 1,11) y entre «*santos*» (1 Cor 1,2).

La revolución de las relaciones no sólo se produce porque se trata de dimensiones desconocidas, sino porque tanto las organizaciones sociales de aquel tiempo (*casas domésticas, casas de asociaciones, casas religiosas o sinagogas...*) como los paradigmas culturales (*honor-vergüenza; patrón-cliente; amo-siervo...*) se resignifican con los valores de la vida «*en Cristo*», lo que implicaba nuevas disposiciones y conductas. Como se imitaba el paradigma de la «*casa doméstica*», el vocabulario propio es el familiar: quien misiona es el paterfamilias de la nueva comunidad, los misionados son «*sus hijos*» (1 Cor 4,15; Flp 2,22; 1 Tes 2,11-12; 1 Tim 5,1) y entre éstos se reconocen «*hermanos*» (Rom 1,13; 8,29; 14,10-15 1 Cor 6,8; 8,11; 16,20) con clara conciencia que ahora son «*santos*». Con el paso del tiempo, estas «*iglesias domésticas*» fueron progresivamente creando una red de comunión y dotándose de una estructura básica de organización.

Luego, los evangelizadores educan en las nuevas disposiciones y conductas que exigen las nuevas relaciones: consuelo; hospitalidad; orar unos por otros; preocuparse por el bien de los demás; inclusión y participación de la mujer; atender a los pobres; compartir bienes; corrección fraterna, entre otras. Varias de éstas eran sorprendentes para su tiempo, porque se oponían

a comportamientos comunes de la época como la venganza, la preocupación por el honor, el servilismo, la relación en base al poder.

A pesar de exigencias que los particularizan, las comunidades paulinas no se convertían en «sectas» (en sentido sociológico) porque llaman a todos a participar y porque se insertan con gran preocupación social en su mundo. Su compromiso con el «culto cristiano» adquirido (en un mundo llenos de cultos), que exigía coherencia de vida, servicio a los demás y testimonio hasta dar la propia vida si fuera necesario, les daba crédito y gran prestigio, validando como verdadero Dios a quien los cristianos adoraban, lo que les abría las puertas de los otros cultos (1 Tim 3,7.13). La razón es que, en aquel mundo pletórico de dioses, la aceptación de un nuevo dios, como el cristiano, pasaba necesariamente por la eusébeia o práctica sincera de la religión por parte de sus adoradores (1 Tim 2,1-4; 6,11; Tit 1,1-2).







ÁREA  
COMUNICACIÓN  
OBISPADO DE  
VALDIVIA

SERIE BIBLIA Y NUEVA EVANGELIZACIÓN